

# DEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mesaña — Pablo de Grecia — José María Deigedo

Noviembre de 1922.

N.º 53 — Año VII.

## LA GARRETERA

Como huyendo del poblado  
Se escapa la carretera.  
Bajo el sol es amarilla.  
Bajo la lluvia es negra.  
En las claras madrugadas  
Tiene un vago tinte perla.  
La encharca en trozos el agua.  
La oculta, a ratos, la niebla.  
Al abrirse la mañana  
Tal una flor estupenda,  
Resplandecen sus guijarros  
Como fantásticas piedras  
Preciosas allí volcadas,  
Cual sucede en las leyendas.  
El atardecer la enciende  
Con resplandores de hoguera.  
De noche en sus charcos beben  
Agua y fango, las estrellas.  
No tiene fin, ni principio,  
Y en esto, a Dios se asemeja.

Como en un papel secante  
Van cruzándose las huellas  
Con que marcan su camino  
Las innumerables ruedas.

*Se alegra con el verano,  
 Se enloquece en primavera,  
 En otoño es melancólica  
 Y en el invierno, da pena.  
 Suele estremecerse toda  
 Cuando pasan las carretas  
 Cargadas hasta los topes  
 Con lo que dan las cosechas.  
 ¿Es que también tiene un alma  
 Sensible la carretera!..*

*Por ella los hombres marchan  
 Hacia las ciudades llenas  
 De atracciones, y por ella  
 Vuelven los decepcionados  
 A vivir vida serena...  
 Los que se marchan alegres  
 Y los que tristes regresan,  
 Ven en su larga jornada  
 Su anhelo que nunca llega.  
 Para todos tiene calma  
 Y, para todos, es buena.  
 Los que su paso encaminan  
 Hacia la ciudad moderna  
 Con el ansia inconfesada  
 De una vida turbulenta,  
 No van siguiendo sus bordes  
 Se van a campo traviesa!  
 En ella se encuentran todos  
 Los que van a la faena;  
 Y, sin pueriles orgullos,  
 Se saludan y se estrechan  
 Las manos con efusiva  
 Y encantadora llaneza.  
 No la sigue el que se oculta  
 Para la intención siniestra;  
 Pero, por ella contando  
 —Al hombro el hato—regresa*

*El labriego que trabaja  
De sol a sol en la era..*

*Los árboles se embellecen  
Cuando la colina trepa  
En ascensión ondulante,  
Y hasta las plantas rastreras  
Con humildad rusticana  
Van orlando sus arenas.  
Las borlas lilas del cardo  
Son las flores que su vera  
Enjayan formando un marco.  
Tendido leguas y leguas.*

*En el blanco caserío  
Minutos descansa apenas  
Cual si aliento recobrara  
Entre casas y callejas;  
Mas luego, emprende la marcha  
Porque es siempre la cadena  
Que une la antigua ciudad  
Con la que recién comienza  
Es un nudo indiferente,  
Al parecer; pero, llena  
Su misión tan cabalmente,  
Que faltando, acaso, fuera  
Inalcanzable el progreso  
De las ciudades fraternas.*

*A veces, la carretera  
Tiene sed y busca el agua  
Del arroyo que rastrea  
Por entre valles y montes;  
Es en el vado donde ella  
Se inclina en graciosa curva  
Para formar la cuneta,  
Por la que va la corriente  
Cristalina más ligera.*

*Húndese un tanto en el agua,  
Y en la otra orilla repecha  
Para seguir caminando  
Entre cardos y entre piedras.*

*Ella es señora de cumbres.  
Es remanso en la ladera.  
Es cabe los manantiales  
Jincón de paz que serena  
Al que marcha fatigado  
Tras la meta que no llega.  
Surgió cuando el hombre quiso  
Unir la ciudad a la aldea  
Con una calle muy ancha  
Que no tuviese vareda.  
Determinó su trazado  
La madre Naturaleza  
Con eficacia precisa,  
Que la experiencia comprueba.  
Si se prolonga o se ensancha,  
Es que el progreso fomenta  
Nuevas corrientes vitales  
Que, como ríos, aumentan  
Su caudal y no detienen  
Ante vallas, su carrera.*

*Cuando soñadas ciudades  
Surjan del seno de América  
Y engranen el continente  
Con pujante gente nueva,  
Saldrá de sus multitudes  
La voz amplia de un poeta,  
Que cantará en las estrofas  
De un admirable poema  
La canción que va diciendo  
En su andar la carretera.*

**JOSÉ PARRERA RODRÍGUEZ.**

**Treinta y Tres.**

## “LA RAZA DE CAIN”

Novela de Carlos Reyles.

(Continuación)

Dejando a un lado el aspecto antipático de estos personajes, no podemos menos de reconocer que han sido concebidos y ejecutados con maravillosa precisión. Sus sensaciones y estados de espíritu, reproducidos magistralmente por el cincel maestro del autor, señalan páginas de una hermosura y plasticidad estupendas. Hay cuadros de intenso colorido; como la descripción del jardín, la noche del baile en casa de los Crocker, que nos hace vivir instantes de verdadero deleite espiritual. “Y por la quinta y el jardín, cuchicheando “otto voce”, se desgranaban las parejas en los intermedios, perdiéndose misteriosamente entre los árboles y las flores, ni más ni menos que en los jardines y encantados bosquecillos de Versailles, las finas damas y los pulidos caballeros de la maravillosa corte del Rey Sol. La noche era espléndida, dulce y apacible como un sueño infantil; las estrellas brillaban a millones en el firmamento azul radioso, como abrigado de tenue polvillo de plata, y un aire suave que desparramaba, como perlas de un collar roto, las ondas sonoras de las alegres músicas, mecía esas rosas y los jazmines y los locos risos que caían sobre la frente y el cuello de las núbiles donce-

llas. De vez en cuando una carcajada argentina y rítmica elevábase triunfante sobre el murmullo de las parejas e inclinaba el espíritu hacia las aventuras galantes y la vida dióhosa del Decamerón".—Imposible hubiera sido hacer resaltar toda la belleza que encierra este párrafo, sin transcribirlo. Creemos que páginas como ésta, bellas y sentidas, son como la anunciación del estilo florido, elegante y flexible, que con tanta justeza ensaya Reyes en algunas páginas de "El Terruño", y que llegará a la perfección con "El Embrujo de Sevilla", obra que encierra las mejores galas de su multiforme flora literaria.

En algunas páginas de "La Raza de Caín", es evidente la influencia d'annunziana. Recuerdo que en mi estudio (1) sobre el poeta más poeta de Italia contemporánea, decía que: "en las soberbias concepciones del autor de "La Nave", en las que se nos muestra cuentista o novelador impecable, encontramos grande influencia de Zola y Maupassant". Lo mismo podríamos decir de Reyes, que ha aprendido de Maupassant a condensar, en narraciones cortas y sintéticas, el proceso psicológico de las pasiones que agitan a los distintos personajes.

Muchas son las influencias extranjeras que han obrado sobre Reyes. Por esa causa, ha llegado a sostenerse que "La Raza de Caín" no es una novela uruguaya. El autor de "Semblanzas de América", ha contestado muy bien esta objeción, diciendo que: "tienen carácter americano inconfundible las rivalidades aldeanas, el rastacuerismo de Menchaca, la bondad total y el abnegado rendimiento de mujeres como Sara y como Laura". Además, Reyes, con "La Raza de Caín", ha pretendido hacer una novela nacional.

---

(1) Gabriel D'Annunzio. Su obra. Publicado en "La Raza", el 24 de Febrero de 1921.

y ha querido realizar algo más que un pálido trasunto de los modos franceses, como ya he tenido ocasión de anotar en líneas anteriores. Esos personajes, aunque calcados en moldes extranjeros, toman carta de ciudadanía literaria, y se adaptan perfectamente a nuestro medio. Al analizar "El Terruño", he dicho que el realismo de Reyles es el primo de Indias del realismo de Balzac. En esta novela, hallamos nueva confirmación de tal verdad, pues Cacio, deja entrever ribetes balzacianos.

La influencia de Huysmans en la obra de Reyles es grande. Guzmán presenta una estrecha afinidad con el Des Esseintes de "A Rebours". Huysmans es uno de los más preclaros imitadores de Zola. "Su arte fogoso y brutal ha conquistado al público", ha dicho de él G. Lanson en su "Historia de la Literatura Francesa". Sus cuadros, de un verismo estupendo, revelan las pinceladas de una mano maestra, que ha adaptado los moldes de Zola a las situaciones más diversas de la vida. Las escenas religiosas, en sus más variadas facetas, han sido narradas por Huysmans de una manera admirable. El abúlico Des Esseintes, último retoño de una raza degenerada, y el desorbitado Guzmán, es indudable que han sido engendrados por dos cerebros superiores. Reyles y Huysmans realizan una misma obra, emplean tonos distintos, e imitan iguales modelos. Como se ve, la diferencia sólo es de tono, de grado. Huysmans es un hábil escenógrafo; Reyles, un insigne pintor.

---

Los personajes femeninos de esta novela de Reyles, parece hubieran sido creados con fines secundarios. La interesante figura de Laura, y la no menos compleja de Sara, la Taciturna, la amiga de Guzmán, son las únicas que se destacan con relieves pro-

pios. Amelia y Ana, giran alrededor de Guzmán y de Arturo, como esas mariposillas que concluyen quemándose las alas en su porfía por acercarse demasiado a la llama. María Carolina, diríase que sólo vive por y para Laura. "Ella la quería siempre linda y toda para sí, y a veces llegaba a experimentar, cuando la veía rodeada de otros o de otras, un sentimiento muy femenino, sutil y complicado, semejante a los celos." Muy bien define Reyes ese curioso estado de espíritu, típicamente encarnado en María Carolina, que participa a la vez de dos sentimientos que se complementan eficazmente: amor y celos. Sólo lo comprenderemos ahondando en el alma femenina, en ocasiones tan sutil y complicada y avara de sus misterios, que no nos es dable penetrar en ella. Quebrems la prohibición, tratemos de violar la consigna; e invadiendo el sagrado retiro, desentrañemos el arcano, adivinando la exquisita sutileza de ese sentimiento tan complejo y vario, a pesar de que no halla repercusión en nuestra psiquis, pues somos incapaces de igualar la cordial complejidad de un alma de mujer. Con todo, Reyes ha estado muy acertado en su papel de psicólogo de almas femeniles, y ha logrado dar cierto relieve a esta María Carolina tan insignificante, que se halla como perdida en la umbría ramazón de la novela.

Laura es una bella figura de mujer joven, que irradiaba su sana alegría, y es todo un baluarte de idealismo. Libre de influencias nocivas que perturbasen en delicada imaginación de niña mimada, vivía feliz, sin contaminarse su alma con las miserias de los demás. A su lado, era imposible sustraerse al dulce effuvio de pureza y juventud, que parecía desprenderse de toda su persona; y este contraste, de una vida llena de esperanzas y de ansias de vivir, con la de aquellos engañados que creen han vivido, sin siquiera haber

pulsado el oleaje tonificante de la verdadera vida, nos inclina a aborrecer los Cacios y Guzmanes, y amamos a Laura en su encantadora sencillez, mucho más hermosa, mucho más humana; flor bellísima que no pudo esparcir por mucho tiempo su perfume en compañía de zarzas y de cardos! Bien dijo Plauto, que el mortal amado de los dioses muere joven. Laura sucumbe, envenenada por el infame Cacio que en su egoísmo, no pudo concebir que esa flor delicada iluminase la vida de otro ser más digno de su corazón y de sus gracias. "Ella será de él, sus encantos serán de Arturo, y yo... ¡Ah!, no puede ser: ya es bastante"; y ese yo, fué acicate potente para lanzarlo a la consumación de su horrible delito!

"El crimen de Cacio despertó la dormida conciencia de Julio Guzmán. Las ideas y creencias más osadas; los orgullosos torreones mentales, batidos artificiosamente con sofismas sutiles, se agrietaron y se hundieron, sin que el escéptico pudiese sacar otra cosa de las informes ruinas, que un disgusto invencible e insoportable de la existencia y de sí mismo." Poca cosa necesitó la parda filosofía de Guzmán para desmoronarse cual débil castillo de naipes! Es que el ser humano, cuando no guarda suficiente armonía con la realidad externa, es un elemento naturalmente destinado a perecer en la lucha por la vida, o a concentrarse en un yo obtuso y egoísta; síntesis de un alma torva e inaccesible, cuyo único remedio para encauzarla por las vías normales, sería la receta de Sócrates: "conócete a ti mismo". El error de Guzmán, de Cacio y Menchaca, y de todo extremado analizador de sensaciones, estriba en que debían haber comenzado por ser sinceros analizadores de sus propias ideas y sentimientos; y luego, con la experiencia proporcionada por íntimas sugerencias, colocarse frente a la vida, obrar, actuar en ella, y for-

marse sus ideales, engendrados por esa experiencia personal. Frente a la vida, debemos entrar en ella, ahondarla, vivirla; y entonces, de ese choque de nuestro ser con la realidad externa, nacen nuestros sentimientos, nuestros sistemas, nuestras ideas.

Es la introspección, pues, el único medio posible para coordinar nuestro espíritu con la realidad externa. La falla de los personajes de "La Raza de Caín", estriba en que han desechado el conocimiento humano y comprensivo de "propias y ajenas sensaciones", internándose en el proceloso mar de los deliquios metafísicos, que los lleva a la incompreensión más absoluta de las realidades ambientes. Guzmán parece quisiera reeditar el ya anticuado método de la tesis, la antítesis y la síntesis, vale decir, el método Hegeliano, o dialéctico, bueno en filosofía, pero disparatado ante las sugerencias de la realidad viva y palpitante.

---

Muy acertada es la pintura que Reyles nos hace de ese ambiente rural, de pueblo chico, plagado de prejuicios y pequeñeces. En general, todo pueblucho de campaña, sea cual fuere el país a que pertenece, sufre de esa aguda anemia paralizadora, que lo mantiene como estratificado, y por lo tanto, cerrado a toda idea de progreso. Pasear por la plaza a la misma hora, ir a la iglesia (que nunca falta), hablar mal de todo el mundo, bostezar simultáneamente, si es posible, ve allí la existencia momificante que Reyles ha puesto al descubierto, aunque ha pretendido amenizar la opiosa y desesperante chatarra del ambiente, colocando en ese pueblo la sede de su novela... que ya es mucho.

ALFREDO S. CLULOW.

(Continuará).

## PROPOSITO

*Yo he de imprimir un rumbo preciso a la Químera  
aún en la sombra trágica de la noche inviolada.  
Ha de flamear al viento, como una gran bandera,  
en el brumoso fondo de toda encrucijada.*

*En los largos Inviernos será la Primavera  
floreciendo en la inerte desolación helada,  
hasta inundar de luces la sombra inanimada,  
hasta atomar de rosas las horas de la esperal...*

*Y cuando todo el fuego de mi vida tramonte  
y domine los oros del riente horizonte  
la implacable tristeza de los viejos ocasos,  
quedará para siempre, como símbolo y lema,  
en el fondo miliario de la barca suprema,  
el color de mis sueños y el rumor de mis pasos!...*

## INVARIABLEMENTE...

*Todas las emociones que vibran en nosotros  
los que nacieron antes las sintieron vibrar;  
nuestros sueños son sueños que vivieron los Otros,  
nuestras penas son penas cansadas de amargar...*

*Y en la lucha gigante y en el hondo reposo  
y en el latir más íntimo y en la meditación  
es uno nuestro esfuerzo y es uno nuestro gozo  
y una misma congoja tortura el corazón!...*

*Y, anhelosos, queremos escalar lo Infinito,  
vencer todas las cumbres y atronar con un grito  
salvaje de conquista el misterio inmortal...*

*Y así habrán de encontrarse en el último día,  
frente a la Esfinge trágica, perpetuamente fría,  
perpetuamente muda y eterna como el Mal!...*

## EL RECUERDO

A Mario Menéndez Clara.

*Arrancar de nosotros el Recuerdo!... Oh sublime  
deleite del espíritu doloroso y cansado!...*

*Ser un esfuerzo eterno en la sombra que oprime  
sin que nada nos hable del fondo del pasado!...*

*Nacer todos los días valerosos y prestos  
con los músculos firmes y potentes y los  
nervios acicateados por viriles arrestos  
y sentir en nosotros la pujanza de Dios!...*

*Cuanto más grande fuera nuestra efímera obra  
si esa agobiante carga de añoranzas que sopra  
se hundiera en el vacío supremo del no ser.*

*Si nos fuera otorgada la virtud sobrehumana  
de estar firmes y altivos con la frente al Mañana  
y un enorme silencio dominando el Ayer!...*

LUIS MARIO ALLEN.

San José 1922.

## EL CHURRINCHE

De "Fábulas y Cuentos Populares", libro de fuerte sabor autóctono, que el vigoroso autor de "Cuentos Uruguayos" dará próximamente a publicidad.

El indio, nuestro bisabuelo, era silencioso, áspero y heroico. Amaba su tierra como la ama el espinillo que hunde en su seno la amorosa raíz y por eso la defendió del intruso extranjero, con las bolas de piedra mora, con las flechas de urunday, con las lanzas de madera curada.

En su defensa se hizo centauro. No durmió. Cruzó ríos a nado. Sintió el mordor del acero y la insidia del fuego traidor.

Pero no cedía.

Su bello cuerpo de bronce jalonó las cuchillas desde el Río como mar hasta el Cuareim y el Ibirá Poitá y no cayó una vez sino de frente y como un héroe.

Se metió en los bosques.

Ganó las sierras.

Sólo retrocediendo ante la fuerza terrible y ciega, combatió contra el feroz cruel y luchó contra el mestizo descostado y sin entrañas.

Su número mermó, no su coraje.

Los que restaban seguían encendiendo fogatas en los cerros y lanzando gritos de guerra!

Manos mercenarias asesinaron a los últimos, que no se rindieron:

Fué en una emboscada.

En un rincón de río indígena, de monte espinoso y crudo.

La soldadesca les daba caza como a fieras.

Fusilados, heridos, desangrados, se acababan..

Algunos atinaron a hundirse en el río padre que los recibió amoroso.

El último, un cacique joven, fuerte y esbeto, que no pudo arrastrarse hasta el agua salvadora y no quería caer vivo en manos de los intrusos, se alargó la herida que le abría el pecho y sacó su corazón arisco, rojo y libre, que se volvió un churrinche encendido y voló a refugiarse en el seno caliente de los bosques nativos.

Y ahí anda ese pajarito de fuego.

Agil. Solo. Silencioso.

No canta.

Quizá por no llorar.

Y como las sensitivas que cierran sus corolas al menor contacto extraño, él se muere si lo meten en una jaula.

Vuela rápido. Como una bola arrojadiza que llevara el haz de paja encendido, el fuego santo que florecía el incendio en la casa del intruso.

Se detiene en un árbol criollo y se dijera que lo florece.

Pero es un relámpago.

Ya se pierde en la espesura maternal ese corazón de charrúa con alas.

MONTIEL BALLESTROS.

## LA LUZ...

*Cuanto de mi niñez y mi primera  
Juventud mi alma añora, no supiera  
Definirlo hoy que, en parte, he ya logrado  
Vivir mi ensueño osado  
De atraerme a la tierra algo de cielo...  
Pero un motivo claro se me alcanza  
De esa íntima añoranza  
Que a menudo me muerde: el desconsuelo  
De ver la luz ambiente, absorta, fría,  
Cruda, real, cuando antes la veía  
Con un halo divino, venido de la hora  
De mi primera aurora  
Celestemente azul de Amor y de Armonía...*

## EPITAFIO

*Púdrese aquí la cárcel de un raro prisionero  
Que nunca estuvo en ella bien presente y bien vivo.  
¿Fue su vida dolor o dicha? Ni él lo supo.  
Poeta acaso el postretero, una gloria le cupo:  
Creó dolor (o dicha...) formidable y sincero,  
Ya que no de la nada, con escaso motivo...*

FERNANDO MARISTANY.

Barcelona.

## EDUCACION

### EL TRABAJO MANUAL

Es inconcebible una forma de actividad sin intervención de la mano. Con ella trazan, el poeta, símbolos de ideas; el músico, de melodías y el inventor, sus esquemas de construcciones o mecanismos. Carece de energía el gesto, si no lo acompaña y termina un rasgo de su móvil mímica.

En hermosa parábola del Uruguay, dice Marquina: "Una mano ordena y dictamina—... Y en la hora de la injuria, arrebatada, — Una mano es el tronco de una espada." Por ella perduran, lo más sutil del ideal y lo más tosco de la necesidad.

Los ángeles que sólo muestran sus cabezas aladas flotando entre nubes, representan con belleza el espíritu; pero como no expresan el ansia humana de plasmar la idea, son frías como el limbo; los que apoyan la mejilla en el suave contorno de los brazos, sin descubrir el cuerpo donde se cumplen las funciones nutritivas de la vida, como los de Fortuny, encarnan la hermosa íntegra del alma, que piensa, siente y realiza.

A toda hora, la mano es instrumento de la doble corriente que pasa por la maravillosa red de la inervación.

Cuando el exterior ha de ser asimilado para mantener la carne con las sustancias del pan cotidiano e pa-

ra nutrir con perceptos el espíritu, ella busca el contacto que necesitan los sentidos; y cuando el alma, extendiendo y perpetuando su calor interno, crea, es ella la que estampa la obra concebida: modela el barro, talla la piedra, funde el metal, pulsa la lira, escribe, teje, hila.

Todas las ciudades diseminadas en la superficie del planeta y las que cubrió el polvo de los siglos; todas las naves que surcan los mares, con las riquezas que transportan y las que se hundieron en el abismo; los rieles que enmarañan la tierra fijando rumbo a los ferrocarriles; los campos que rasga el arado y horada la pica; todo lo que existe donde la fiera no encuentra cueva que la cobije, es obra de sus dedos, débiles y flexibles.

Puesto que ninguna actividad puede ser efectiva sin ella, ¿por qué se ha dado el nombre de Trabajo manual, a una materia de enseñanza?

Importa definirlo.

Comentando el "novecentismo", en una ocasión hizo observar Eugenio D'Ora, que los filósofos griegos nunca concibieron los problemas de derecho que nuestra época plantea relativos a la mujer y al obrero, llamando la atención sobre el caso extraño de no comprender que la justicia debía alcanzar hasta esos dos seres con quienes ellos compartían la intimidad del hogar y los beneficios de la vida social.

Análoga reflexión puede inspirar el niño.

A pesar de que la infancia ha endulzado las horas amargas de la existencia humana, con la nota suave de sus candidas alegrías; de que el mundo sin ella, sería desolado páramo, como pinta Benavente en una graciosa escena de "Y va de omento"; a pesar de que todos los mayores fueron niños y debieron guardar en la memoria, la imagen de los castigos recibidos por las obstinadas rebeldías de la voluntad oprimida, pasaron siglos y siglos, antes de que llegara a la mente

de los sabios la idea de que las aptitudes humanas deben ser ejercitadas de acuerdo con las tendencias que se observen en ellas; es decir, que al instinto corresponde un derecho y que por lo tanto, darle satisfacción, es obra de justicia.

La mano, que desde el primer momento en que se siente libre, busca algo para oprimir, que se extiende para ofrecer a la codicia de los ojos, todas las perspectivas del objeto visto; que siendo apenas entreabierto capullo, ya sabe acariciar con suavidad de seda, el seno materno y entreteiene el extraño con arañazos y pellizcos; que se entretiene durante mucho tiempo, estrujando telas, rasgando papeles, sacudiendo agua, plastando arena; ya martillo, ya pinza; tan pronto cuchara como rodillo, torno o tijera; pala, plancha o cepillo; mientras nadie habló de los derechos del niño, tuvo que ocultar sus actos como fechorías, porque siempre recibía amenazas o castigos; y a pesar de eso, dejó señales dondequiera que estuvo libre.

Entre los miles y miles de garabatos que con puntas o filos, pedazos de carbón o tiza, se esculpieron o diseñaron en paredes, puertas o pavimentos, hojas sueltas de papel, páginas de libro, en todo lo que cediera a la presión u ofreciera contraste de colorido ¡cuántas veces apareció la revelación del genio a quien lo revisó con bondadosa sonrisa!

Así fué descubierto el talento de algunos pintores y escultores que alcanzaron celebridad. Uno se encontró dibujando en el atrio de una iglesia del pueblo, arrojado ante la figura que veía salir de sus dedos; otro, mientras agregaba, en la soledad de las horas crepusculares, picarescas notas sobre las telas concluidas del maestro a quien servía.

Ridículos muñecos hechos de madera, tallada con el cuchillo que se encontró entre los desperdicios de la calle, o modelados con barro recogido en los pantanos, señalaron, por sus proporciones dominantes, la capa-

cidad de algunos hombres que contribuyeron a formar el tesoro de los valores artísticos.

En algunos juguetes ingeniosos, fueron reveladas las aptitudes de muchos que supieron agregar unidades al caudal de instrumentos y de máquinas donde se almacenan para nuestro servicio, las energías del mundo físico.

Pero sólo ocasionalmente pudieron las circunstancias favorecer al genio cuando hacía brotar sus destellos en la obra de la mano ejecutada con tenacidad, a hurtadillas.

Las más de las veces, el talento vió extinguir su luz en las prohibiciones y en los castigos, porque no pudo abrirse paso a través de las dificultades que cercan al adolescente cuando empieza a sentir las responsabilidades de la vida y nadie acudió a tiempo para conservarla mientras ardía.

Rousseau, Pestalozzi y Froebel, fueron los primeros en protestar contra la tiranía impuesta a las aptitudes infantiles. La voz de esos maestros, fué un grito de libertad para los niños; su prédica, salmo de redención que hoy resuena como un himno.

Ellos dijeron: —¡Que los pequeños corran por el bosque umbrío trepando a los árboles! Veréis como no hacen daño al pajarillo. ¡Que los bañe el sol junto al trigal maduro! Veréis cómo no arrancan las espigas. ¡Dejadlos expresar lo que piensan! No serán embusteros ni soeces, si vosotros, mayores, no les enseñáis el insulto y la mentira. Llenad sus manos de material; dadles instrumentos sencillos. Veréis obreros infatigables y honestos; siempre ingeniosos, alguna vez artistas.

Y entre las flores silvestres de los Alpes, a la orilla de sus arroyos límpidos, se vió a los apóstoles de esta doctrina, rodeados de niños, como se vió Jesús en Galilea, cuando los llamó a su lado para bendecirlos.

Rousseau dejó a su Emilio desarrollarse feliz fuera del molde de los viejos prejuicios; Pestalozzi gozó viendo iluminadas con el entendimiento y el amor, las miradas de sus discípulos; Froebel alcanzó más: en sus Kindergarten, la infancia no fué planta lozana del bosque, sino flor delicada de jardín. A la intuición agregó el razonamiento y extendió la simpatía hasta lo inmaterial, señalando ideales de obra altruista.

Froebel superó en esplendor a los Reyes Magos: regaló juguetes de encanto inagotable, al rico y al pobre por igual. No colocó sus *dones* en zapatos, sino en las manos directamente, para que ellas tuvieran acción continua y libre.

¡Entonces, sólo entonces, pudo ser el trabajo un fin para la existencia del niño, como lo pidió a gritos la naturaleza durante tanto tiempo, sin ser comprendida!

Con pequeños pedazos de madera, laminitas de colores, finos palitos, varillas elásticas; papel, cuerda, hilo o lana; alambre o paja; arcilla, arena húmeda, pasta de harina y agua; cuentas y semillas; cuerdos, lápices, amplios encerados y tiza en abundancia, las manos que en la opresión destrozan, libres dibujan, escriben, modelan, fabrican redes, collares, muebles y utensilios, chozas y palacios; lujosos frisos para casas de hadas; armazones de castillos fantásticos; entrelazados caprichosos; plegados de cuanta forma pueda soñarse y tejidos que lucen la riqueza de los tapices orientales.

El sistema aplicado a la educación de la primera infancia, por el inspirado maestro, pronto puso en evidencia su bondad. Entonces, la escuela primaria quiso adoptarlo; pero sin perder la norma de sus principios clásicos.

Esa es la historia de la materia que hoy figura en los programas, con el nombre de "Trabajo manual";

es decir, la historia de su ingreso en aulas; la de su curso es más variada.

Como el engarce que se le preparó no era adecuado a sus medidas, aún está fuera de sitio, unas veces expuesta a saltar, otras a penetrar demasiado; se la desprecia como cosa baladí o se le da importancia extraordinaria.

Hay quien ve en ella una fuente de hábitos morales, regeneradora para la sociedad y quien busca la orientación de la enseñanza, en sus fines prácticos.

No pudiendo llegar por hoy a la consideración de estos dos puntos de vista, que tienden actualmente a extenderse entre nosotros, me limito a declarar que juzgo el segundo peligroso y el primero insuficiente; porque no conviene desconocer la superioridad que tiene sobre la obra material, la profunda abstracción del pensamiento y no ha de limitarse a ser mecánicamente bueno, el ser que lleva en el alma, la luz de Prometeo.

La mano, a pesar de lo dicho, no es más que un instrumento del cerebro, en cuyas células se forjan las ideas y éstas son las que dan el dominio a la conciencia.

ENRIQUETA COMPTÉ Y RIQUE.

## SUEÑO.

*Por costumbre pienso al revés.  
Yo escribo en papel transparente  
para ocultar mi insensatez:  
contra la luz leed al demente.*

*Lluvia, huyo los golpes atroces  
de tu cristalino pistón:  
los ángeles trenzan sus voces,  
cual cabellos de diapasón.*

*El Hospicio es nuestro vecino,  
oh brisa, esconde tu reflejo.  
Por qué quieres, charco asesino,  
desfojarme haciéndote espejo?*

*Imitación: esta claridad  
a la rosa disfraza de lirio;  
entre el Infinito y yo: mi delirio  
—intersticio: la Eternidad.—*

*Quieres ser mi puerta, hoja loca,  
pues tienes forma de corazón:  
vé al girasol que se equivoca  
y me sigue con devoción.*

*Noche, tu eres una letra vista  
con microscopio; en ti filtró  
su etimología el artista  
pensativo que te escribió.*

*No soyruiseñor, pues mis trinos,  
de la aurora, mecen la cuna.*

*Los ángeles, como marinos,  
escalan un rayo de luna;*

*ave, mi mirada en el vago  
azul descifra su diseño.  
No tengo lámpara: yo apago  
este melancólico sueño.*

*Frescos árboles, pintores,  
purifican, con el pelo  
de sus pinceles, los colores  
de la acuarela del cielo.*

*Audaz, una voz altera  
el canto de las sirenas:  
"Las estrellas enumera  
—alfabeto de tus penas—".*

*Me basta mirar tu piel,  
bello ángel: yace tu esencia  
— flor del paraíso — en el  
florero de mi conciencia.*

*Ángel, con tus aletazos  
desata este Ecuador  
de despecho, en cuyos brazos  
gime mi mundo interior.*

*Mi queja, hacia tí, en los vientos  
vá: para que agotes, Juan,  
bautizando mis lamentos,  
toda el agua del Jordán.*

ALFREDO DE GARCOTENA.

París 1922.

## JUAN IDIOTA

*Llevando un féretro viejo  
apareció Juan Idiota,  
caminando lentamente  
como una forma que asombra.  
Tiene dos ojos hundidos  
en el fondo de sus órbitas,  
y pegadas por encima  
lleva dos lentes muy cóncavas.  
Van sus ojos sumergidos  
en la tiniebla que forja  
su gran demencia infinita,  
y son sus ojos dos hórmas  
que aprisionan lentamente  
los sudarios de las cosas.*

*Llevando el féretro viejo  
de una leyenda mortuoria  
camina así lentamente,  
lentamente Juan Idiota,  
con sus dos lentes pegadas  
por encima de sus órbitas,  
que son las órbitas huecas  
de su demencia mortuoria.*

ANDRÉS PATENA.

# HISPANO-AMERICA

LECTURAS JUGOSAS

José María Delgado

SONETO

Gabriel Francisco Porras

**La Cruz de Fuego** ) (Tópicos de un programa americano).—Por  
Manuel Bernárdez.—Montevideo.—1922.

Ahonda en este libro el señor Bernárdez, con su habitual elegancia de estilo e indiscutible talento, el estudio de muchos problemas sociológicos e internacionales americanos.

La idea dinámica del libro es la de demostrar la necesidad de la formación de un gran bloc latino americano, cosa perfectamente factible según el autor, y a la que la mayoría de edad política nos llevará fatalmente, ya que no tenemos motivos fundamentales que nos dividan y "al contrario de lo que ocurre con la familia civil, donde la edad provoca la dispersión de los individuos, aquí significará más fuerza, más clara y perfecta conciencia moral y obrará como una suave y tenaz fuerza centrípeta de afinidad y coherencia".

Noble idea, por lo demás, que ya salta de las lindes de la teoría y comienza a tener para el señor Bernárdez un principio de realización práctica en la evidente existencia de lo que el Ministro de Chile en Londres, don Agustín Edwards, denominaba patriotismo continental, "llama que seguramente haría encender a

todos los pueblos sudamericanos en defensa del que osara levantar la mano sobre cualquiera de ellos”.

Este bloc latino-americano no tendria, sin embargo, propósitos de defensa contra los Estados Unidos, de cuyas *intenciones* cree el autor que no tenemos por qué prevenirnos y cuya expansión mira como un fenómeno de la mecánica del Universo, en virtud de la cual y sin preconcebidos propósitos imperialistas, los medios superiores incorporan por la atracción de su masa a los planetas secundarios y a los asteroides vagabundos. “La constelación del Norte, debe tener en nuestro hemisferio otra constelación equivalente. La América Latina debe ser para la América Inglesa una igual, no una subalterna, una aliada respetada por ser respetable”. A ese fin debemos llegar por la unión de todos los estados de nuestra raza y, cuando lo hayamos conseguido, iremos hacia la hermana del Norte con las manos abiertas “empeñándole la reciprocidad del inestimable apoyo, que ella nos dió cuando intrépidamente extendió su éjida minervina sobre nuestro desamparo”.

Propicia el autor la fecha de Diciembre de 1923, centenario de la Doctrina Manroe, como “una espléndida ocasión para que la América Latina, reconocida y fraternal, promueva el jubileo secular de la gloriosa Doctrina y, ya instituido entre sus diez y ocho estados el Seguro Político Mutuo, ofrezca a la noble hermana primogénita una póliza saldada”.

En otro capítulo del libro estudia la actitud de Norte América en el caso de Cuba, que para él ha sido una piedra de toque, reveladora de la sinceridad y la honradez de ese gran pueblo, juzgando la célebre enmienda Platt como una medida de prudencia y sabiduría, necesaria para salvar a la incipiente república de los azares que sufrieron hasta consolidarse todas las democracias sudamericanas.

Nosotros lamentamos no compartir el optimismo

del autor en lo que se refiere a la formación y la trascendencia de una Liga Americana, así como también dudamos bastante de la existencia real del patriotismo continental. Hechos recientes acaban de demostrar que estos pueblos de América están llenos de recelos y suspicacias, que costará mucho trabajo desvanecer. Estamos todavía demasiado llenos de patriotismo y nacionalismo, para aceptar esa especie de disolución de la personalidad.

Con todo, es forzoso reconocer el elevado espíritu y la nobleza ideológica que ha presidido la gestación de este libro, así como la gallardía y la robustez con que está escrito.

---

**Por la Unión Latino-Americana.**—José Ingenieros.—(Discurso pronunciado en el banquete dado por los escritores argentinos en honor de Vasconcellos. — Buenos Aires; 1922.)

De propósito hemos puesto el comentario de este opúsculo en seguida del anterior, porque, en cierto modo y aunque bregando por el mismo ideal, representa una verdadera síntesis de las opiniones del señor Bernárdez.

Aquí se propicia también la Unión Latino-Americana, pero con propósitos defensivos, ya que "sean cuales fueran nuestras concepciones sobre el régimen económico más conveniente para aumentar la justicia social en nuestros pueblos, sentimos vigoroso y pujante el amor a la libre nacionalidad cuando pensamos en el peligro de perderla ante la amenaza de un imperialismo extranjero".

Para el señor Ingenieros nuestras nacionalidades están frente a un dilema de hierro: "o entregarse sumisos y acatar la Unión Panamericana (América para los norteamericanos) o prepararse en común a defender su independencia, echando las bases de una unión

latino-americana (América latina para los latino-americanos).

La conducta de Norte América le parece al autor desleal e imperialista. En cuanto a la doctrina de Monroe "que se ha revelado gradualmente como una reserva del derecho norteamericano a protegernos e intervenirnos", no nos ha dado más que una garantía hipotética con el pasado y actualmente sólo expresa el derecho de intervención de los Estados Unidos contra el principio de las nacionalidades latino-americanas"; representando para ellas un peligro efectivo.

Certifica su opinión pasando en revista todos los atentados hechos por las naciones europeas, ante la indiferencia de los Estados Unidos, sobre las naciones ibero-americanas, desde la ocupación de las Malvinas por Inglaterra, hasta la compulsión del pago de las deudas venezolanas; así como la política norteamericana en los casos de Haití, Puerto Rico, Veracruz y Cuba, a la que le impuso la independencia "bajo las condiciones vejatorias de la vergonzosa enmienda Platt". La Doctrina Monroe "parecía la llave de nuestra pasada independencia y resultó la gonzúa de nuestra futura conquista".

He aquí como los señores Bernárdez e Ingenieros dos hombres de talento, muy americanos, muy latinos, juzgan de modo diametralmente opuesto los mismos hechos. Estamos muy lejos, como se ve, ya que estos juicios no son aislados y personales, sino que concretan las dos opiniones dominantes en el pensamiento sudamericano, de haber unificado criterio respecto a la creación, fundamento y orientación de una Liga Latino-Americana.

Por nuestra parte, en lo que concierne al juicio que merece a estos dos pensadores el pueblo norteamericano, no tenemos reparo en declarar que estamos mucho más cerca del señor Bernárdez que del señor Ingenieros: porque, sensatamente, creemos que no se pue-

den negar los beneficios de la doctrina Monroe, la que de ninguna manera podría tutelar, como fué el caso de Venezuela, a gobiernos deshonestos y malos pagadores, porque la indudable independencia de que goza actualmente Cuba, y cuyo orden garantizó la enmienda Plat, es la mejor prueba de su honradez política y porque estamos muy lejos de ver los peligros inminentes que para las democracias latino-americanas constituye la gran República del Norte.

---

**Poetas Norteamericanos.**—Walt Whitman.—Por Arturo Torres Riosco.—Biblioteca Repertorio-Americano.—San José de Costa Rica.—1922.

Otro libro admirativo escrito sobre los Estados Unidos, por un latino americano cuyo talento e ilustración son notorios.

Según Riosco estamos llenos de prejuicios injustos contra los yankees y nos vanagloriamos de una superioridad espiritual que está muy lejos de la verdad. Nuestra literatura es una luz de luna, puramente refleja, ya en el período romántico, de la española, ya, con el nacimiento del parnasianismo, de la francesa. El mismo Darío no tiene nada de original, de autóctono, que pueda compararse con un Whitman. Al final de ese alegato en pro de la superioridad norteamericana estampada en el prólogo del libro se lee el siguiente desafiante párrafo: A los intelectuales de mi lengua, peninsulares o americanos, a los que con Rodó, Ugarite, Fombona y muchos otros se han permitido negar la fuerza idealista de esta raza yanqui, voy a mostrar el trabajo de un hombre libre, democrático, activo. Para las democracias atléticas bardos atléticos. Para las naciones en decadencia los demás”.

Prevenos una elegante y briosa polémica...

Luego entra Torres Rioseco, con gran documentación y sagacidad, a estudiar el hombre y la obra Whitmaniana, dando a ésta caracteres cósmicos, trascendentes y original, americana y sobre todo, genuinamente representativa de la Democracia en el arte.

JOSÉ MARÍA DELGADO.

## SONETO

premiado en el Concurso Lírico celebrado en Cartagena (Colombia), con motivo del 12 de Octubre, en honor de S. M. Maruja de León, Reina de los Estudiantes.

*Quizá se irá algún día cual una mariposa  
Que desplegó sus alas en busca de ilusiones,  
al deshojar los pétalos de marchitada rosa  
tu efímero reinado de anhelos e ilusiones.*

*Mas no se irán fugaces cual nube vaporosa  
en el azul sin tacha, tu Reino y tus blasones,  
que a los recuerdos nobles no cubrirá la losa  
donde el olvido tiende sus fúnebres crespones.*

*Tu Reino es el reinado de la noble esperanza  
de la joven caterva que anhelosa se lanza  
con los pechos henchidos al humano raudal;*

*y como siempre existen las juventudes fuertes  
listas para la lucha contra las mismas suertes  
tu Reino de Ilusiones tendrá vida eternal!*

GABRIEL FRANCISCO PORRAS.

# BIBLIOGRAFICAS

Ricardo Rojas y su "Historia de la literatura argentina".

## I

Después de una década laboriosa, Ricardo Rojas ha doblado la última página de su monumental "Historia de la literatura argentina". A ella consagró con afán inteligente, cuatro densos volúmenes en los que concreta cuatro "rumbos" que convergen hacia la "argentinidad" triunfante, y que, avizorados desde el atalaya de su patriotismo, señalan la "formación nativa" en "Los gauchescos", la "evolución hispanoamericana" en "Los coloniales", la "organización democrática" en "Los proscritos", y la "renovación cosmopolita" en "Los modernos".

Ricardo Rojas no ha seguido los senderos trillados al trazar este vasto cuadro. Entró en selva virgen donde hubo de abrir caminos conducentes al fin que, en su perspectiva filosófica, iba presintiendo en la evolución ideológica de su pueblo. Por esto han de venir a abreviar a estas fuentes todos los que, de aquí en adelante, quieran comentar la vida literaria rioplatense.

Sin antecedentes que facilitaran su arquitectura, y sin materiales previamente coleccionados, que permitieran hacer abandono de la larga investigación preliminar, esta "Historia de la literatura argentina" supone un esfuerzo de preparación y un triunfo de realización, verdaderamente extraordinarios.

Queda ahora fijada, en obra vencedora del olvido, la labor inquieta de los que construyeron en la continuidad de sus vidas paralelas, esa "argentinidad" que es "aquella síntesis formada en la conciencia colectiva del país, por la cenesia de su territorio y de su estado y por la memoria de su pueblo y de su idioma".

No fué una ascueta narración de hechos literarios que habrían transformado la obra en una bibliografía cronológica, más o menos pintoresca, lo que el autor se propuso historiar, sobre la base de la producción literaria: si no más bien, la evolución del ideal argentino; y así, tanto como una historia de la literatura argentina, trató su filosofía, para cuya debida disección tuvo que estudiar aspectos que una simple catalogación de méritos despreciaría, pero

que, en la tónica final de las voces disparejas, guarda su preciso antecedente. Esto o es, desde luego, una de las mayores dificultades que Rojas tuvo que vencer, al sentirse obligado por amor patriótico a desbrozar los senderos olvidados, y a traer al plano debido, la obra de sus antepasados literarios.

Es importante destacar que, para lograr esta visión panorámica del acervo intelectual formado del otro lado del Plata, debía atenderse a ciertos fenómenos, estrictamente rioplatenses, en los que cabía olvidar la racionalidad ocasional para estudiar de modo exclusivo la importancia de las consecuencias en la realización futura de la "argentinidad". Por tal causa, tienen cabida en esta historia literaria los uruguayos Bartolomé Hidalgo, Juan Carlos Gómez y Dámaso Larrañaga y el ambiente epónimo de la "Nueva Troya". Pero, en tanto que Rojas reivindica, como "cosa argentina" el ideal de estos precursores, reconoce como "cosa española" la obra de Ventura de la Vega. Es que sólo quiso escribir la historia de un ideal democrático, y, para darle unidad y continuidad perfectas, era imposible olvidar la influencia de los que, fuera de su patria, adoptaron el ambiente argentino como hogar propio, y sufrieron y gozaron por él, con toda la sinceridad de sus corazones exaltados.

Acaso la xenofobia uruguaya pudiera exasperarse frente a este trasplante de actores; pero, si se recuerda que el Uruguay es "un país de aurora", ha de complacerse y sentirse, tal como debe ser, como "cosa uruguaya" la "cosa argentina", puesto que nacieron ambas hermanadas en un mismo propósito de independencia y en un idéntico culto por la libertad.

## II

"Los gauchescos",

Todo lo que hay de "argentino" en el indio de origen precolumbiano, en el español y en el gaucho de la progenie colonial y en el criollo del cosmopolitismo contemporáneo, integra el primer volumen.

Los "gauchescos" sintetizan la emoción del pueblo que se consolida y se condiciona para organizarse. Primero el territorio al dar margen a la fusión de las razas opuestas, opera a modo de crisol, creando un tipo racial característico. Este, ampliado y transformado por la unidad de propósitos en un pueblo anheloso de ser libre, motiva el nacimiento de un nacionalismo en lo que tiene de más afirmativo. Por último, el núcleo étnico y la conciencia de la nacionalidad exigen para manifestarse, un idioma nuevo en lo posible, que adaptando al pensamiento naciente los viejos ideales, digna con la rusticidad de las palabras ásperas las emociones más autóctonas.

Una vez logrado el acervo idiomático, las formas literarias nacieron espontáneamente siguiendo los procesos naturales. Por aquí, enton-

ces, encuentra Rojas— como Legones en sus admirables comentarios al "Martín Fierro"— el modo de vincular a los payadores con los antiguos rapsodas y trovadores, sin que amengüe el mérito de los gauchescos el inevitable paralelo, ya que éstos externan lo que aquéllos no pudieron lograr: su austera gallardía, su afán de libertad, su sed de justicia, el goce pleno de su independencia y el ejercicio doloroso de su coraje.

Se nota en el ciclo literario de estos verdaderos primitivos, la falta de la mujer— y esto los diferencia aún del ciclo trovadoresco— pero, es que los afanes de la independencia los llevaba a la vida andariega, y el peligro del desierto— donde el indio avizor vigilaba— mordia su tranquilidad y sólo les permitía cantar su poema amoroso en la esquemática estilización de una vidalita o en la languidez saudosa de una décima sencilla.

El proceso histórico argentino repercute en esta literatura austral, y las grandes conmociones tienen en "Los gauchescos" sus mejores comentaristas. Surge al comienzo, en verso rústico, el "clélito" que canta la libertad que el himno consagra en triple afirmación de: "Libertad, libertad, libertad!"— Se corona la evolución con ese recio "Martín Fierro", que tiene el valor del Romancero, y, en progreso ascendente, aparece la novela que repite las luchas gauchas, cerrando el período un teatro incipiente de un valor de relación indiscutible.

En síntesis, este libro primero historia la emoción territorial que va a dar a la literatura argentina en formación, su carácter diferencial.

#### "Los coloniales".

Lo que durante la época de la colonización y de la independencia se revela por la influencia de la cultura clásica o por la educación española, constituye la parte central del segundo tomo, titulado "Los coloniales".

Dentro del desarrollo regular del proceso histórico, sorprende un tanto el procedimiento que lleva a comentar la bibliografía de los siglos XVI, XVII, XVIII y parte del XIX, después de haber hablado en el tomo inicial de la generación posterior. Este desarrollo buscando intencionalmente, se justifica en el desenvolvimiento eclíptico de la historia. No hay en este período la desbordante originalidad emocional que caracteriza a los "gauchescos", porque aquí preocupa a los escritores la tradición filológica. Y del mismo modo que el período estudiado en el primer tomo se caracterizaba por la emoción autóctona, este período colonial se destaca por la ausencia de ese sentimiento original y por la falta de un tipo nativo tan profundamente, pongamos por caso, como el gaucho Martín Fierro o el payador Santos Vega. En cambio, si no se olumbra el sentir original, abunda la crónica y la historia, como si los escritores de este

ciclo se hubieran dedicado a comentar los hechos pasados, poniendo una pausa a sus afanes íntimos al trabajar en la perduración de lo que invadía, por su grandiosidad, el vasto campo de su fantasía. Por esto ese lapso de trecientos años, puede dividirse en cuatro etapas programas:

1.º La de los cronistas del siglo XVI, que describen la llegada del conquistador y la obra del colonizador.

2.º La de la fundación de los centros de población estables en el Plata.

3.º La de la repercusión en América de la obra ideológica motivada por la Enciclopedia, con su aspecto laico y renovador.

4.º La de la revolución americana, lógico e inevitable desenlace de las tres etapas precedentes.

Aquí el medio se impone a los escritores con sus acontecimientos militares. Se está forjando en gestas guerreras y en jornadas heroicas un pueblo libre. Esto atrae, hace olvidar y aún desprestigiar el tema lírico, por donde viene a explicarse el carácter casi épico de este período.

#### "Los proscritos".

La época que se estudia en "Los proscritos" abarca—según Rojas—"desde la revolución de Buenos Aires, que en 1810 inicia la emancipación política del Plata, hasta la federalización de Buenos Aires, que en 1880 consuma la organización constitucional de la Argentina". Es un medio siglo de lucha democrática por definir la independencia y lograr la cimentación del pueblo nuevo. La producción literaria de este período revela tanto la preocupación de ser útil, como la de ser el chispazo genial de los "arquetipos" de la generación argentina. Ahí está el formidable Sarmiento que llenaría, por sí sólo, esta época, si no estuvieran a su lado Echeverría, Alberdi, Mitre, Mármol, Gutiérrez y López. Ahí también, vinculándose en forma grata al surgimiento de la argentinidad, se le consagra un capítulo a la "Nueva Troya" y se estudia con predilección preferente a nuestro Juan Carlos Gómez.

Políticos y literatos, cumplieron estos "proscritos" como soldados, en fórmula del "arte por la vida", pues trabajaron para hacer la patria, y en aras de ese anhelo, sacrificaron la comodidad y consagraron, con toda el alma, a luchar por el bien social dando forma a la conciencia democrática del ideal argentino. Así, en las palabras cálidas de Sarmiento o en la constructiva serenidad de Alberdi, puede decirse que quedó concretado el pensamiento colectivo de estos setenta años de formación e inquietud republicana.

En la "evolución social y estética del pensamiento argentino", este tomo es de los que describen el apogeo de mayor valor, pues en él están agrupados los gestos de la organización, y así como quedó definitivamente conquistada la tendencia democrática que, el

en los "gauchescos" fué expansión instintiva, en los "proscritos" fué raciocinio-inteligente y voluntad triunfadora.

"Los modernos".

Organizada la República por la obra genial de los "proscritos", los escritores del período que sigue a 1880 pudieron trabajar sin la obsesión de las labores inmediatas. De esta manera, bajo la acción de múltiples fermentos culturales, se abre ante la perspectiva del tiempo, una obra vasta que constituye el tema de "Los modernos".

No se caracteriza la literatura de estos tiempos por una uniforme unidad, ni por una tendencia absorbente. Las más eclécticas ideologías dan a estos años un aspecto de madura complejidad, y aseguran la culminación de un ascendente progreso que atestigua la existencia de una literatura argentina, con su genuina emoción. Con todo, en medio a esta ascensión, el sentir nacionalista tiene que inquietarse ante el avance de las irradiaciones extranjeras que cosmopolitizan los arrabales del espíritu argentino. Lo autóctono de los "gauchescos" y lo férvido de los "proscritos", está en peligro frente a las avalanchas de los hombres extraños, que llegan de todas partes, como a una tierra de promisión. La literatura argentina pasa por su época crucial, y cabe esperar de su decisión futura, su definitiva determinación.

Estos últimos cuarenta años presentan tan diversos aspectos y tal pléyade de escritores que, en la variedad de su individualismo triunfante, queda fijada la expresión típica de este medio siglo. Todos los géneros han recibido la siembra propicia. La poesía, la novela, el teatro, el ensayo, el cuento, todo ha merecido la preocupación de los que pasaron y de los que, por vivir aún, han sido excluidos de la "Historia de la literatura argentina".

El tomo final, al dar término a un verdadero monumento literario que honra a las letras hispanoamericanas, deja abierta una amplia perspectiva, en cuyo cielo— así lo creemos— ya está en su medio día pleno, el esperado sol.

### III

En la obra nacionalista de Ricardo Rojas, esta "Historia de la literatura argentina" señala su adecuada culminación. Podría sorprender que un país nuevo de América, sin idioma nacional que lo individualice, y sin definidas tradiciones raciales que lo distinguan, haya podido dar material digno para estas copiosas páginas. Lanson, en su admirable "Histoire de la littérature française", y Fitzmaurice-Kelly, en su expresiva "A History of Spanish Literature", abarcan los horizontes mentales y la génesis intelectual de las dos ascendencias más destacadas en la literatura americana. Sin embargo, en ambas hay los elementos fundamentales que las dinamizan y

las delinean: el idioma propio y el aspecto étnico que separa sus orígenes, y que, según Ortega y Gasset, parten del franco y del visigodo.

La Argentina es un factor poderoso dentro de la dilatada unidad que es América. Precisar dentro de lo que fué influencia general, la originalidad particular y el impulso individual, he aquí la labor que se propuso llevar a cabo Ricardo Rojas. Esto exige rastrear el valor de las obras en la multiplicidad de las vidas, pues nunca como en América, el paso eficiente de los escritores de los siglos pasados se explicó mejor que por la historia de sus existencias. Por esta razón, Lugones, para darnos la visión total del formidable Sarmiento, no desciende al detalle bibliográfico, ni a la crítica detallada de su obra protéica, sino que nos ofrece en un cuadro elocuente el aspecto de su "hombre", y en la descripción objetiva y subjetiva de esa personalidad, nos entrega todo su valor ante la historia. La vida en acción heroica vale tanto como el mejor libro, e influye tanto o más que éste en la cultura colectiva; de aquí que pueda ser estudiada como una verdadera obra de arte. Rojas, en muchos casos, explica la vida de sus héroes—que así resultan por las consecuencias de su acción—deteniéndose más en los aspectos biográficos o en el medio histórico, que en la misma labor literaria. Y ello no choca en este libro que, desde sus comienzos, hemos ido leyendo y admirando como la descripción, en estilo brillante, del pensamiento argentino en lo que tiene de más original dentro del común aspecto americano.

Importaba, en consecuencia, describir la evolución del sentir y del pensar argentino, comenzando por precisar su alcance primitivo, para valorar más tarde su mérito ulterior y es por aquí por donde venimos a aceptar que se altere el orden lógico y cronológico de los hechos, y que "Los gauchescos"—que son el fruto de libertad, creado por reacción contra los reyes españoles,—preceda a "Los coloniales", que, siendo los que compendian la causa de la rebelión, resultan, sin duda, anteriores a aquélla.

Comporta la "Historia de la literatura argentina" la resonancia intelectual del pasado histórico, y, por tanto, no han de ir a ella sólo los que inquietan la vida mental de la República Argentina, sino también los que anhelan entrar en conocimiento del medio artístico en que tuvo que crearse un pueblo.

Rojas afina su acuidad crítica, ya esbozando en un comentario rápido el mérito intrínseco de un hombre, de una obra o de un hecho, ya deteniéndose en destacar una observación feliz o en discutir un mérito bibliográfico, aún contra la aceptada opinión del propio autor,—(Tomo III. Pág. 509-521)—e ya entrando en la discusión política o sociológica, dando así aspecto de crónicas general a su historia literaria. Cuando la ocasión se propicia, divaga sin abandonar el amplio desarrollo de su pensamiento, tal como si distara sus conceptos el sentimiento de la más noble preocupación patriótica.

Si con "Blasón de plata", con "La restauración nacionalista", con "La argentinidad" y con su reciente manejo de conferencias "Los arquetipos", Ricardo Rojas perfilábase como a un escritor de enjundia, movido en su multiforme actividad por una rectilínea afán patriótico, con la "Historia de la literatura argentina" consagra definitivamente su obra, y entrega a su país un libro perdurable, de esos que hacen preclara y pueden enorgullecer a una generación. — José Pereira Rodríguez.—Uruguay. Treinta y Tres.—1922.

"Fuogo y mármol".—Versos de Julio Garret Mas.—Montevideo.—1922.

La honda inquietud que hay en estos versos, salta al primer golpe de vista. Reminiscencias de otros poetas las hay en el giro, pero son pocas y, repito, sólo en el giro.

Sacar directamente de la realidad motivos es cosa fácil, lo difícil es ser original en su modo de apreciarla.

Estamos lejos de la modalidad expresiva del autor, lo cual no nos impide que apreciemos y sintamos muchos de estos poemas.

Sobresalen, a nuestro juicio, del conjunto: "Los a Trahuamantes"; Ebríos siempre de una ebriedad nueva;—El arco tenso de sus nervios vibra — Sin descansar, lo mismo que la onda: está ebriedad la ha sentido también el autor, ebriedad de nuevo paisaje, inquietud interna, vibración en todo momento que luego se transforma en color, en música y en originalidad estrófica.

"Corazón absurdo"; confesión del amor infortunado, a través del tiempo que vuela y de las vírgenes que le sonríen a su paso.

"Soneto a una estrella"; verdad que, aunque no contemplando a las estrellas, muchas veces las hemos sentido con sólo sumergirnos en la soledad de un parque.

"Pugna"; por la gracia y el innato sabor helénico.

"Con un rústico"; nos hace recordar el gusto simple que confiesa Witman en uno de sus poemas, de hablar con los labriegos y artesanos, y que éstos le devolvían en sincera amistad. Este poema tiene un sabor moderno bien marcado.

"Noche y deseo"; da aquí Julio Garret Mas una inquieta nota de modernidad, donde en el mismo verso hay simultáneas sensaciones.

Es de lamentar que hayan en el libro composiciones que distan mucho de estar a la altura de las señaladas y de justificar su inclusión en el volumen.—A. D.

"Tres relatos portafíos", de Arturo Canella.—Buenos Aires.—1922.

No son frecuentes los libros americanos con tanta indiscutible mérito. Es que Canella, en pocos años, ha conseguido una envidiable senilidad mental y una cultura sólida. Sus páginas nos interesan siempre, sean ellas regocijadas, como en "El Cocobarrido de Herseling" y "Una semana de holgorio", o envuelvan una tragedia tan dolorosa como la del pobre rico asturiano de "El culto de los héroes".

Hay que convenir en que si mucho vale el ironista, el psicólogo—ese fino psicólogo que hay en Canela—no le va en zaga.

Y si "El Cocobacilo de Herrling" hace reír, "El culto de los héroes" preocupa, ya que envuelve un problema social, bastante frecuente en estas tierras donde aún es fácil la improvisación de grandes fortunas.

Arturo Canela construye sus relatos observando la realidad y, desde luego, con fines críticos. Hablará de los conejos en vez de la langosta, del último conato de revolución, de la visita de un infante español a cierta estancia argentina, hechos todos exactos, y que, deformados, vistos con la fuerza cómica que cobra una figura chata al reflejarse en un espejo convexo, van al libro para corregir, como se lo propuso el clásico, esto es: sin fruncir el ceño honestamente.

De todos los trabajos contenidos en el interesante libro—bastante bien editado por Gleizer—nosotros preferimos "El Cocobacilo de Herrling", que se nos antoja, en su género, una pequeña obra maestra digna de ser comparada, en cuanto a finura irónica se refiere, a la de un gran ingenio francés.

Es de ensalzar en los "Tres relatos porteños" de Arturo Canela, la fluidez y corrección del estilo, que traduce bien la claridad del entendimiento de este joven escritor, tan elegantemente descreído.

Arturo Canela queda ahora, tras la aparición de este libro amabilísimo, como una de las figuras literarias más destacadas y simpáticas que tiene la Argentina. No será difícil que nos sorprenda pronto con alguna obra extensa, ofreciéndonos la visión crítica de todo un panorama social.—V. A. B.

"La Enseñanza de la Historia Nacional en la Escuela Primaria del Uruguay", por la señorita María Orticochea.—Montevideo.—1922.

No es, por cierto, el caso de las musas que escriben con el afán de la literatura. Se trata de una musa estudiosa y seria, que afronta los horizontes del pensamiento con el encanto femenino, y devana su juventud grave y profunda en el mundo sideral de las ideas.

Hacer de la Historia materia de razonamiento y de patriotismo, — no cuestión mnemónica y absurda, — es la finalidad hacia la que tiende la señorita de Orticochea en su hermoso plan de enseñanza escolar de historia patria.

Lo hemos leído y meditado con entusiasmo, casi con alegría. He ahí una maestra de escuela que honra su título.

El plan escolar de historia nacional es demostroso, porque son malos los instrumentos y malos los resultados. Los libros son tediosos, unilaterales y antipedagógicos; los programas exigen memorización sin raciocinio; los maestros hacen su clase sin referencia de la historia, sin esquema de sociología; y los niños dejan la escuela pública para huir en el olvido todo aquello que no sea cuestión partidaria de tradición.

Como factor de cultura, como máquina de civilización, como problema de estéticas, la enseñanza histórica nacional no da ningún resultado: es apenas una gimnástica de la memoria.

A corregir ese método que no responde a las finalidades de la escuela moderna, se dedica el libro de la señorita de Orticochea, escrito con elegancia fácil y pensado con claro criterio.

Es cierto que podíamos disentir en algún capítulo de su plan, y que hasta creeríamos necesario simplificarlo, para evitar la carga de los siglos sobre la mente recién formada, pero es cierto también que participamos en lo fundamental de sus ideas, que nos impulsa el mismo criterio histórico, y que sentimos, como ella, la urgencia de esa reforma capital.

Maestra y mujer, joven y culta, curiosa y dinámica, la señorita de Orticochea tiene en sus manos el problema que va a resolver; ella misma nos promete y se obliga a un texto nuevo, que esperamos con ansiedad y que puede decidir la cuestión, interesando a los honorables miembros del Consejo Nacional de Enseñanza.

Con el alto espíritu que este libro nos revela, toda esperanza está fundada, y el alba, no puede anunciar otra mañana que no sea de luz, de claridad y de optimismo.—T. M.

“Los Horizontes”. Poemas de Daniel de la Vega.—Santiago de Chile.—1922.

Alguna vez, hablando de este Daniel de la Vega, que posee la difícil facilidad del verso suido y bello, hemos dicho que habla en él un gran poeta, de quien era “el alba de oro”.

Técnica y alma júntase en él con íntima armonía, y de sus libros sale la llamarada y la mariposa, el jazmín y el azul...

Su último libro se llama “Los Horizontes”, y es pequeño y hondo como poema.

Una cosa nos tiene impresionado en él: la semejanza de expresión y de espíritu con Gabriela Mistral, la enorme lírica chilena. En la primera página no más, apenas habíamos leído la segunda cuarteta de esa magnífica poema “María Magdalena”, anotamos la semejanza, que crece a cada página y que, para ser sinceros y leales, no podemos sindicar como influencia, aunque de ella tenga todos los caracteres circunstanciales. “Si, le amaste, lo amaste! En vano la Sagrada—Escritura lo calla. Tu amor, ensueño blondo,—torrente derramado, ansiosa llamarada,—no cabe en el silencio; es más ancho, más hondo!”—Y más aún todavía en la “Súplica por el mismo momento”:—“¡Señor!, no está conmigo. Tu mano me lo debe.—¡Señor!, anda distante por el mundo, y es mío!—¡Señor! si el te lo pide, entibale la nieve,—párale el sol y tuércole la carrera del río.”—“¡Señor!, es carne mía, y qué lejos camina...!—¡Para qué me das este palenque y esta luna,—y esta calma de agua y esta dulce calma?—Son de él estas bellezas. Yo no quiero ninguna...”—“¿Si mi beso pudiera apartar un guijarro—de la senda por donde

su suave pie esmina,—yo me arrodillaría y besaría el barro,—besaría el abrojo, besaría la espina!"—"Pero mi pobre beso, Señor, no puede nada...—Ni apartarle la sombra, ni guardarle del frío,—ni acortarle el camino, ni ablandarle la almohada.—¡Qué poco puede un beso en el mundo, Dios mío!"

Y más todavía en "La Víspera": "Hoy este corazón se ha transformado en oana,—en el día no cabe entero mi casado.—Tú, no lo sabes, árbol; tú no lo sabes, luna;—tú no lo sabes, agua... ¡Mafana llega el niño!"—"¡Acórtate, camino! ¡Apresúrate, día!—que detrás de ti vienen su mirada, su boca,—su entusiasmo, su mano... ¡Todo eso es carne mía! — ¡Tú no lo sabes, nube; tú no lo sabes, roca!..."

Es indudable, que cualquiera de estas tres composiciones, llenas de tan profunda emoción y de tan grandes transportes, pueden ser muy bien rubricadas por firma de mujer, y, ¡quién más que Gabriela, la intensa poetisa de América, la más completa, la más honda, pudiera reclamarlas! Su misticismo, su infinito treinar ante las cosas del alma y del cielo, esa forma expresiva con que exalta su angustia y dice su inquietud, están aquí, palpitanes, renovados, trémulos, en estas poesías de Daniel de la Vega.

Yo no sé como gustará al espíritu del poeta la comparación con la magna poetisa; no puedo imaginarme tampoco la impresión que tal cosa suscitará en Gabriela Mistral; sólo sé que es mía y no ajena la sensación de semejanza, y que leyendo estos versos férvidos y hermosos, donde dos almas compatriotas tanto se añan y se alzan que se juntan como sombra y luz, no me pareció desdoso el paralelo, y sí fuerte y alto, porque no siguen la ruta de las alondras sino los soles, ni van aparejadas al vuelo de las águilas las alas multicolores de los gallos familiares...

\*\*\*

Todo el resto del libro es obra personal, de poeta fluido y espontáneo, que tiene dominio musical y sabe construir sus arquitecturas con argamasa dúctil, que lo mismo si se quiebra en ritmos desconcertados que si sigue la métrica clásica, lleva en sí poesía viva y candente, poesía conmovida de moderna belleza y de antigua sencillez, cuyo sacro fuego quema las carnes y las almas, los pechos y las palabras...

Ya al final del volumen, Daniel de la Vega ha pitagorizado la música de los astros y de los números, poniéndose en contacto con el karma insondable, y ascendiendo en la nocturna espiral por donde "frente a la eternidad su alma es una pastora—¡que adula a las estrellas toda su rebeldía!".—T. M.

**La Poesía Nueva. Sus fundamentos y primeras leyes.**—Por Edmundo Montagne.—Edición del autor.—Buenos Aires.—1933.

Improbable tarea, sin duda, la que ha realizado en esta obra este distinguido librero argentino.

Aunque el asunto es de por sí complicado y fatigante, el autor lo desarrolla con tanta originalidad, sabiduría y bello decir, que sin esfuerzo se llega al fin de las doscientas páginas del volumen.

Montagne trata de hallar las bases científicas del nuevo arte poético; tal vez se encuentre paradójico semejante investigación, pero, como el autor lo dice muy bien, "a medida que más y mejor se estudian los recursos de un arte, el estudio de estos recursos se va haciendo ciencia".

El libro tiene un valor didáctico indudable y, desde luego, revela a un poeta erudito y noblemente ahincado en buscar las bases fundamentales de la ritmología y de la ciencia poética, que dan a las frases estróficas la mejor expresión verbal. Se sabe, por otra parte, que en la mejor expresión verbal, está la mayor expresión anímica.

¡Que el libro no hará poetas! naturalmente. ¡Que el verdadero poeta no necesita, por poseer una especie de instinto adivinator, conocer las reglas de su arte! cierto, también; pero esto no disminuye los méritos del libro, ni su real valor práctico, porque nosotros pensamos como Montagne, "que si los principios científicos del arte poético no hacen un poeta de quien no lo sea, su conocimiento hace al bien dotado capaz de ser más fiel consigo mismo, poniendo a su alcance facilidades mal conocidas o ignoradas, sugeridoras, a su vez, de posibilidades infinitas".—J. M. D.

**Almafuerte.—Obras completas.** Tomos I y II.—Editorial Franco-Ibero-Americana.—París.—1922.

Cinco años han corrido apenas desde la muerte de este poeta argentino, y ya las ediciones de sus obras se multiplican, sus poemas se traducen a múltiples idiomas y su silueta va adquiriendo cada vez más esa majestad inmovible de los bronceos estatuarios.

Esta nueva edición nos viene de París y está prologada por Ventura García Calderón, el cual expresa sobre la obra de Pedro B. Palacios algunos juicios que nos complacemos en transcribir, no sólo por considerar que interesará en el Río de la Plata oír lo que sobre un poeta oriundo diga tan altísima voz, sino porque ellos traducen al original con bastante exactitud y con una gracia y esbeltez que nosotros no podríamos darle, nuestro propio pensamiento.

... "Completaba con Díaz Mirón y con Chocano, la Orgullosísima Trinidad de esos poetas de juicio final y aurora cívica, que orisan en trompeta bajo el sodiaco de Hugo."

... "Su nacimiento en la Argentina moderna, parece un error de tiempo o de lugar. ¡Ah! ¡Si en nuestra América tormentosa este profeta de Israel hubiera podido cantar su mandala para ascender el polvo sobre ciudades condenadas!"

... "Ena "maternidad del doctor" que confundía sentir por la ciudad urbana, le hizo amar y amparar a los pobres de espíritu y de cuerpo. Almafuerte ha sido su poeta. Odio y amor por ellos. Fue

Ezequiel y San Vicente de Paul. Vino, silvestre y formidable, de muy lejos, del Antiguo Testamento, en donde la langosta devora los campos, como la cólera del Señor incendia las ciudades, en donde todo es estrago, espanto, ruina. Pero los profetas de nuestra América no saben odiar y maldecir por largo rato. Se van muy pronto al lago Tiberiades a tomar un baño lustral de mancedumbre. Y Almafuerite, que creía fulgurar como "látigo de fuego", fué sobre todo el paño de lágrimas de una Verónica que hubiera sido profesora normal".

"Esta bondad colérica, este manantial que surge siempre, como en el milagro antiguo, de la roca, es lo que sorprende y enamora en los versos del argentino".

"Sus "Evangélicas", parecen obra de un San Juan que hubiera leído a Nietzsche. Es el más tierno de los orgullosos y el más altivo de los Cirineos..."

"¿Cómo explicar tanta bondad unida a tanta ira? Tan vez ambas actitudes no son opuestas en el santoral de las almas tristes. La tragedia de Almafuerite fué la del apóstol que llega tarde a un mundo redimido. Pelletan, según cuentan, le pedía al cielo un conradictor cada mañana. Si pudiéramos suponer a Almafuerite de rodillas, estaríamos seguros de que imprecaba un tirano a la divinidad".

"Como los grandes abuelos, alterna versos de bronce con abandonos de principiante, porque sólo admite el talento eruptivo, el verso que irrumpa como lava. El quiere ser algo más que poeta: ¡misionero!"

"Esta actitud apostólica, que sobrepasa la misión terrena del literato, le mereció admiraciones sectarias. Genio, profeta, filósofo, dijeron de Almafuerite, cuando murió en la Argentina, algunos escritores excitados. Era poeta evidentemente, si el serlo se se mide siempre por la perfección verbal, ni por la magnitud de la obra hecha. Un madrigal, el de Cetina, puede ser gloria peruana, y un soneto, el de Anvers, rescatar a un poeta del olvido. "En el abismo" y dos o tres sonetos, son la materia luminosa y durable de un artista que, como el del poema de Almafuerite, "esculpa con daga"...  
— J. M. D.

"El loco". — Por Antonio Pavlovich Chejov. — Editorial Cervantes. Barcelona. — 1922.

El notable humorista y cuentista ruso, realizó en esta obra una labor verdaderamente excepcional. "El loco" es, sin duda alguna, una de las primeras novelas cortas de la Rusia moderna, y la mejor, quizás, de las que escribiera este literato extraordinario.

La Editorial Cervantes, empeñada en un noble afán de divulgación cultural, ha estado acudidísima en poner al alcance de los lectores esta obra maestra. — J. M. D.

Juan Alcover. — Poesías seleccionadas. — Editorial Cervantes. Barcelona. — 1922.

El nuevo cuaderno de "Las mejores poesías de los mejores poetas", que publica esta popular Editorial, viene dedicado a Juan Alcover, el melancólico poeta mallorquino.

Manuel de Montoliu prologa el pequeño volumen, haciendo un estudio muy brillante y juicioso de la obra de este excelente lírico, al que en América se conoce poco, tal vez porque la mayor parte de sus obras han sido escritas en catalán.—J. M. D.

"Nefelibata".—Versos por Ezequiel Martínez Estrada. — Editorial Thor. Buenos Aires. — 1922.

Aunque el influjo de Darío y, sobre todo, de Lugones, resalta fuertemente en este libro, es indudable que él revela a un poeta de firme galgambre, tal vez excesivamente cerebralizado y emocionalmente demasiado sutil, pero de una facilidad sorprendente para expresarse, poseedor de un vasto léxico y que conoce a fondo todos los recursos del "métier" para dar al verso sus mayores encantos eufónicos y sus mejores efectos expresivos; eso que hoy, por pereza, o, tal vez, sea dicho con más verdad, por insuficiencia, desprecian la mayoría de nuestros líricos.

Con esto, dicho está que Martínez Estrada es todavía un laborioso y disciplinado orfebre, que gusta trabajar en el taller de la frase para darnos sus emociones, quizás fuera más exacto en su caso hablar de cerebraciones, del modo más elegante y rítmico.

Así, casi todos sus poemas son de evidente corrección verbal y algunos de ellos,—cuando el poeta corte libre agitando la llama antílica de la sinceridad, como en la "Sonata a Rísel", no obstante las reminiscencias lugonesianas y algunas otras del libro,—verdaderas joyas líricas, de las que pocos poetas argentinos contemporáneos puedan envidiarnos.

Última que haya en el volumen tantas sugerencias y hasta nombres y palabras de literatura extraña, tantos Osiris, Yaldabaoth, Palas, Escopo, Roma, Jezus Christa, Thor, Siegfried, Belerofonte, David, etc., lo que si bien demuestra una encomiable prudición y ayuda a salir del paso en las consonancias, revelan también artificialidad e incapacidad para reaccionar a las sollicitaciones estéticas del medio ambiente, lo que bastaría por sí sólo para negar la existencia de un poeta verdadero, si el autor no nos diera en algunos de sus poemas la certidumbre de su lirismo.—J. M. D.

"Las azules".—Versos de María Monval.—Editorial Nascimento. Santiago de Chile. — 1922.

Los azules buscamos en un libro de versos, verdad, expresión sencilla, sobre todo, humanidad, es decir, que a través de los elementos rítmicos se sienta la palpación de un hombre o de una mujer, lo hemos hallado en este volumen de una manera tan inter-

za, que él quedará por largo tiempo como cosa predilecta, muy cerca de nuestras manos.

He ahí una poetisa muy mujer, que no desea, cosa rarísima, ser piedra, o brizna, o árbol—esta última transubstanciación ha sido el delirio lírico contemporáneo,—que tampoco siente esa especie de fiebre pantelista que hace llamar hermano al viento, al agua y a cuanto cosa viva o muerta tenga la naturaleza. Yo, por mi parte, jamás he creído en la nobilidad de aquellos deseos, reveladores en todo caso, de un deplorable sentimiento regresivo, y en cuanto a esta fraternidad universal, a no ser en la boca del mínimo de ellas, en todos los demás casos me ha dado la impresión de un candidato encendiendo el alma de los ingenuos electores al son de su palabra prestigiosa y de sus hermanas la igualdad y la libertad.

Todo falacidad pura. Por eso hemos quedado encantados con este libro, sensible, maternal, contraído y lleno de vida, como la sístole de un corazón.

No puede pasar mucho tiempo sin que esta joven lírica chilena, ignale en fama a las más grandes poetisas de América.—J. M. D.

“*Jesús en Buenos Aires*”.—Por Enrique Méndez Calzada.—Cooperativa. Buenos Aires.—1922.

No es frecuente ver un estirfior joven que se impone de buenas a primeras, cultivando el descreimiento y la ironía. Se admite la sonrisa de Rabelais en los labios experimentados de France. Pero Méndez Calzada debe andar lejos aún de los 30 años. No puede verse, por lo tanto, en la contextura espiritual del autor de “*Jesús en Buenos Aires*” uno de esos procesos largos y dolorosos que alteran toda una psicología. Es más prudente, pues, que pensemos en un temperamento burlón y desenfadado, en una herencia étnica, en la sangre astur de los ascendientes de Méndez Calzada.

Un claro talento y una decidida vocación de escritor, han hecho del prosista argentino uno de los literatos jóvenes más interesantes del Plata. Está dentro de ese movimiento espiritual que va resultando verdaderamente renovador en la otra orilla, con abandonos tan significativos como Roberto Gache y Arturo Cancela.

Enrique Méndez Calzada cultiva “la gloria” que está dando fama al primero, y la narración cuyo donoso arquetipo fuera necesario buscar en “*El cocobarilo de Herslin*”. Desde luego, a nosotros, espectadores, estos tres jóvenes nos parecen los vértices de ese triángulo con el que demarcaríamos dentro de las actuales letras rioplatenses, el florecimiento de la ironía.

No es que falten otros hijos espirituales de France y Eug. de Quirós, en la Argentina, pero los otros no tienen tan determinada personalidad.

“*Jesús en Buenos Aires*” contiene una serie de interesantes narraciones, tocadas todas ellas de un decorativo exotismo. Los cuentos de Méndez Calzada nos hacen sonreír... y pensar. Muchas ve-

cas, no obstante el tono zumbón del autor, nos inquieta. Y no deja de ser virtud eso de que un final grotesco venga a causarnos irresistible gracia cuando nos inquietaba la perspectiva de una tragedia conturbante.—V. A. E.

**Las imágenes del infinito.**—Por Delfina Bunge de Gálvez.—Cooperativa Buenos Aires.—1922.

La señora Delfina Bunge de Gálvez, con este nuevo libro, deja de ser una distinguidísima poetisa, como lo acreditaba "Simplement" y "La Nouvelle Moisson", para ocupar rango aún más alto: para ser una de las pensadoras—y "sentidoras"—más eximias de todos los pueblos que hablan castellano.

"Las imágenes del infinito" es un libro admirable, en que no se sabe qué encomiar más, si la acuidad de las ideas o la nobleza de los sentimientos. Quien así concibe la vida, es un intelectual de alcurnia y, lo que vale más: un magnífico idealista.

Es difícil sugerir el contenido de esta obra—espléndidamente presentada por la Cooperativa Editorial "Buenos Aires". Se podrá no coincidir con la tendencia filosófica de la autora, pero mal puede negarse que todo cuanto dice—en una forma impecable—la señora Bunge de Gálvez, es elevado, es noble...

No hay tema difícil para la autora de "Simplement". Todos los asuntos—de índole tan compleja como Dios, la vida y la muerte—los desarrolla con talento no exento de grandeza. En rigor, este libro "Las imágenes del infinito", siendo de mujer y habiendo brotado en ambientes nuevos, poco "pulidos" intelectualmente, como son estos de los pueblos nuevos de América, equivale a un anticipo. Es una flor propia de medios más cultos y más "hechos". Y esto va a ser lo que va a impedir que la señora Bunge de Gálvez obtenga un éxito todo lo consagratorio que merecería aporte de tan subidos quilates.—V. A. E.

**Gallien.**—Por Pierre Loti.—Barcelona.—1922.

La "Editorial Cervantes" reedita estas páginas de Loti en que—como lo dice él mismo en su prefacio—ha querido recoger "los aspectos íntimos de la campaña, el olor, los sonidos y los perfumes de aquella triste Gallien que recorrió durante la primavera, hallándola muda bajo un imenso manto de flores, donde los grandes recuerdos, los despojos, las osamentas parecían dormir más profundamente..."—A. E.

**El Abismo.**—Por Carlos Dickens y W. Collins.—Barcelona.—1922.

Narración original y atrayente del gran novelista inglés, con que la "Editorial Cervantes" prosigue su empresa de divulgación de autores célebres.—A. E.

**En América Meridional.**—Por Alfonso Maseras.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

Excelente evocación de los países americanos del Atlántico. Alfonso Maseras, con un espíritu de gran afecto como hombre y de curiosidad como viajero, hace surgir las patrias respectivas con un relato sucinto e y bien hecho de los acontecimientos históricos respectivos de cada una de ellas, mientras recoge y acentúa los aspectos generales y más típicos de cada una de las ciudades que visita: Bahía, Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

Debemos hacer resaltar en el autor dos cualidades que nos son particularmente simpáticas: su afecto por estas patrias americanas y su mentalidad despojada de prejuicios de raza para juzgar sobre el ambiente y las cosas de América, incluso las de la América del Norte.—A. B.

**Bumores del Silencio.**—Versos por Jesús Rodríguez Legrand. —Montevideo.—1922.

"Los enigmas de la vida y de la muerte me han obsesionado de una manera tan profunda que acaso nunca pueda sustraerme de su compañía.... Tales fueron las causas que me indujeron a publicar este libro, fruto de una inquietud espiritual que no puede estar enfocada bajo la presunción de la obra completa."

Así explica el autor el nacimiento de este libro, en un pequeño preámbulo.

Son versos amigos antiguos y no siempre correctos, que no carecen, sin embargo, de cierta soltura y que están, además, realizados por una evidente veracidad emocional, por lo cual se leen sin esfuerzo y con simpatía.

No obstante, aconsejamos al señor Rodríguez Legrand—y perdónese este gesto de dómimo, aunque más no fuera en mérito a la pura intención—que modernice su estilo y, sobre todo, que se desobsesione de su atracción hacia los grandes enigmas de la vida y de la muerte. No es el poeta, con su pobre barca ilusoria, el que deba adentrarse en estos mares; a él le toca extraer la poesía que emana el misterio en sí mismo, y, más que nada, la de los episodios humanos que él origina. Lo demás son disquisiciones metafísicas más o menos inútiles y no es en rimas que hay que decirlo.—J. M. D.

**"Personalidad Literaria de Ventura García Calderón."**—Por Napoleón Pacheco.—Biblioteca del Repertorio Americano.—J. García Monge, editor.—Costa Rica.—1921.

Un interesante estudio crítico y bibliográfico, este de Napoleón Pacheco sobre Ventura García Calderón.

Prosaista inimitable, de alma frívola y triste, de vida honda y bella, Ventura García Calderón concita nuestra simpatía desde que la avida siempre eterna nos puso una noche frente a un libro suyo.

"Croniqueur" elegante, poeta sensitivo y dulce, historiador erudito, ensayista a veces, crítico otras, musical siempre, es sin disputa una personalidad eminente de la América intelectual, en cuya formación tanto ha influido y a cuyo conocimiento en Francia, tanto se le adorna.

Digno estaba, pues, que un hombre joven tomase esa labor de belleza para motivo de un libro, — no importa que ella no tenga culminada su obra, puesto que está recién en eclosión.

Como valor ideológico, como hermes literario, Ventura García Calderón ofrece una postura estatuaría y una colmena de rubias mieles, en cuyo delirio el espíritu se solaza y pule. Napoleón Pacheco, en prosa harmoniosa y llanda, que tiene alas musicales y perfumada esencia francesa, ha logrado aprovechar la figura, enredándole un comentario crítico sagaz y ajustado como una guila profusa de rosas rosadas y ramas verdes, que en la mañana clara, fuesen subiendo en el éter la piedra blanca del hermes apuesto del jardín...

Un retrato—dibujo de Cárdenas,—aparecido en la revista "France-Amérique", completa este volumen de Pacheco, que el ilustre García Monge incorporó a su biblioteca, para honor suyo y satisfacción nuestra.—T. M.

"La Cruzada y sus caudillos".—Por José G. Antuña.—Montevideo.—1922.

José G. Antuña,—el poeta rubendariano que cantó al Maestro en áureas estrofas cuyo recuerdo vibra en el confín de la tarde—ha venido en darnos, con la magnificencia de su prosa, esta elocuente página partidaria sobre la cruzada libertadora del 63.

En el sonoro período, en la frase brillante, en el verbo polémico, Antuña estremece un penacho lírico de poeta, sabio en la forma musical y sabio en la hondura de la belleza. Su invocación final es rotunda y magnífica.

Bien ha hecho, pues, en brindarnos en la elegancia discreta de un folleto, su hermosa conferencia política.—T. M.

"De Tucumán".—Por Fausto Burgos.—Buenos Aires.—1922.

La provincia tiene la virtud de ser sencilla y dormida: en ella reside la serena dulzura, la humilde intuición, el digno recato. Por bajo el toldo abierto de los cielos, las cosas provincianas tienen, además de su común expresión, el sentido profundo y grave del universo maravillante, que se complace, como obra de Dios, en lo más pequeño y en lo más pobre, para impresionarnos sin ostentación. En la modesta grandeza de los paisajes plácidos, de las estrellas bajanas, de las rocas rosadas... Y si hay montañas, mejor, y mejor todavía si hay hombres aborígenes, entallados en la tierra, que tienen usas, idiomas y costumbres locales, y que son, al fin, personajes de fábula, como aquellas bestias que hablan en los cuentos infantiles, o como esos pájaros gauchos de la mitología indígena.

En tal ambiente, con tales elementos, Fausto Burgos, "descendiente de labradores", ha hecho este libro sobre Tucumán. Su lectura levanta en nuestro cielo la bandada de las golondrinas que viajan tras el ensueño. La vida campesina está descrita en forma seria y sencilla, con pureza de estilo y claridad de visión. Las invenciones tienen el sabor de la cosa vivida, y el perfume de la sierra, y la variedad amena, y el sentimiento a flor de piel. Los personajes tratados, aientan de veras, como sujetos familiares que discurren en el cuadro serrano donde los árboles ladios conversan en la tarde, y los pájaros criollos gritan a la noche. Sólo una cosa disgusta en el libro: las ilustraciones demasiado infantiles, hechas de expreso, por cierto, con bastante frescura y sentimiento, pero poco propias algunas de ellas, a un libro serio, destinado a reflejar costumbres regionales.

La semejanza de la provincia, todo ese mundo de ideas y sentimientos de que hablábamos al principio, ha quedado en nosotros como resonancia de este libro, cuya lectura dimos tan amables momentos de belleza, haciéndonos volver con frecuencia hacia el pasado próximo aún y ya lejano, por donde van las sombras queridas y los paisajes amados...—T. M.

